

Los usos de los conceptos de tiempo y espacio en las interpretaciones de la Revolución Mexicana

CATHERINE HEAU LAMBERT
ENRIQUE RAJCHENBERG

Resumen

El estudio de las corrientes interpretativas actuales de la Revolución Mexicana constituye una perspectiva útil para el análisis crítico de las tendencias que imperan en el conjunto de las ciencias sociales. Los autores del artículo consideran que las interpretaciones de la Revolución pueden ser ordenadas para su estudio en torno a la definición, explícita o no, vertida por cada uno de los conceptos de tiempo y espacio.

Es revisado el *boom* reciente de la historia regional y de la microhistoria que ha conducido a una suerte de escepticismo ante los paradigmas teóricos y a un rechazo de la teoría.

Los autores formulan una propuesta de análisis que procura evitar tanto el teoricismo reduccionista de los procesos históricos como el empiricismo.

Abstract

The current interpretations of Mexican Revolution are important issues for the critical analysis of the epistemological trends in social sciences. The authors of this article attempt to classify the various interpretations of Mexican Revolution according with the way both time and space concepts have been used whether explicitly or not. In this regard after surveying the most recent *boom* of regional micro-historical literature in which they found certain scepticism with theoretical paradigms and a rejection of theory, they finally outline their own proposal which main purpose is to avoid any sort of empiricism or narrow minded theoretical approaches, for the study of historical processes.

En los años setenta, los historiadores lograron finalmente romper con la interpretación oficial monolítica de la Revolución Mexicana. Se consagraron a revisar el peso específico de cada grupo social en la contienda. Nunca se negó el papel del campesinado como fuerza de combate, pero se le adjudicó el de carne de cañón. La revolución, afirmaron, no se realizó en un solo impulso ni tampoco fue igual en todo México.

Los cambios interpretativos más notables se dieron en torno a dos dimensiones analíticas, a saber: el tiempo y el espacio de la revolución. Estos dos criterios heurísticos han sido muy importantes para hacer progresar el conocimiento de la revolución. Sin embargo, en

lugar de profundizar en una nueva interpretación, el concepto de revolución quedó adelgazado.

Se fragmentó su espacio y se alargó su tiempo, de tal suerte que dejó de ser ruptura. Los historiadores volvieron a la aceptación tradicional decimonónica del concepto de revolución tal como aparece en José María Luis Mora en México y en Tocqueville y Cochin en Francia, a manera de restar importancia a su aspecto social. Para la nueva historiografía, la revolución de 1910 se inserta, entonces, en el ciclo de las revoluciones políticas y deja de ser un parteaguas entre los siglos XIX y XX. Al enfatizar la ruptura política, se privilegian nuevos objetos de estudio: caciques, caudillos y rancheros que fungieron como líderes políticos en sus comunidades.

La historia de la revolución había logrado zafarse de la camisa de fuerza de las tesis oficialistas, para estudiar las “numerosas” revoluciones mexicanas. La flamante independencia académica del historiador le permitió creerse “absolutamente autónomo y portador intelectual e individual de un pensamiento histórico atemporal colocado por encima de los conflictos y las presiones de las sociedades reales en las cuales trabaja y vive”.¹

El descubrimiento de tantas revoluciones en el espacio —prácticamente cada municipio habría hecho su revolución— y en el tiempo —no todos se rebelaron al mismo tiempo y cada movimiento tuvo su propia cronología— enredó a tal grado el asunto que se renegó de todo marco teórico global de interpretación y se volvió al enfoque del “gran hombre”, al tiempo corto del acontecimiento político o al tiempo largo de una “mentalidad”, omitiendo a menudo el tiempo medio de la coyuntura económico-social.

Para algunos historiadores y sociólogos, el enfoque regional constituye un puerto de abrigo empiricista en una tempestad de crisis de paradigmas teóricos.² La acumulación de datos sin referencia a la historia global y el “encierro” regional resultan “poco imaginativos y poco convincentes”.³ El destierro de la teoría condujo a

¹ Adolfo Gilly, “México contemporáneo: revolución e historia”, en *Nexos*, vol. 6, núm. 67, México, febrero 1983, p. 17.

² Para una justificación de lo regional como antídoto de una supuesta crisis teórica, véase Heather Fowler-Salamini, “The boom in regional studies of the Mexican revolution”, en *Latin American Research Review*, vol. 28, núm. 2, Albuquerque, 1993.

³ Paul J. Vanderwood, “Building Blocks but yet no building: regional history and the mexi-

asumir el sentido común⁴ como explicación histórica y a ignorar que todo hecho sólo adquiere significado dentro de un sistema amplio de relaciones que no se manifiestan espontáneamente.⁵

El nuevo modo de historiar la revolución descubrió todo un horizonte inexplorado hasta entonces. El estudio de la conciencia de los actores de la revolución puso en evidencia la complejidad de las intenciones y sentidos atribuidos por aquéllos a su participación en el movimiento de 1910, no limitados a las consignas y proclamas de los héroes. Este recurso metodológico y los hallazgos historiográficos que posibilitó parecieron ser el antídoto de la ya acartonada escritura oficial de la revolución, legitimadora del Estado.

La exploración de la subjetividad de los actores siempre se nos presenta acompañada de la dificultad de articularla con patrones teóricos de conductas colectivas. Este escollo fue frecuentemente sorteado mediante la eliminación de la Revolución Mexicana como si ésta fuera sólo una treta de la escritura oficial de la historia, por una parte, y como si, por otra, el concepto de revolución no poseyera una autonomía epistemológica con respecto a su utilización ideológico-política. Se termina entonces depositando nuestra convicción histórica —diferente al efecto de credibilidad que procura cualquier discurso del poder— en la subjetividad de los participantes de la revolución en vez de hacerlo en los instrumentos analíticos de la disciplina. Se contraponen al discurso legitimador del Estado el discurso subjetivado de los actores. En realidad, ninguno de los dos representan la última *ratio* de la Revolución Mexicana aun si ambos pueden ser utilizados para su interpretación. Al proceder de este modo se adopta, asimismo, una postura idealista que no distingue entre actividad práctica y producción de sentido, de significados.

En síntesis, el quehacer historiográfico sucumbió frecuentemente en el fetichismo de la evidencia, o como advierte Braudel: “El

can revolution”, en *Mexican Studies*, vol. 3, núm. 2, The Regents of the University of California, 1987, p. 421.

⁴ “Las memorias de individuos (especialmente si se les quitan los raciocinios posteriores) sugieren a veces un conjunto fortuito de motivos personales (el deseo de “ir a la bola” o de escapar de una suegra insoportable), motivos difíciles de generalizar”. Alan Knight, en *Secuencia*, núm. 13, México, Instituto Mora, abril, 1989, p. 29.

⁵ Véase Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Ed. Gedisa, 1992, p. 35.

descubrimiento masivo del documento hizo creer al historiador que en la autenticidad documental estaba la verdad completa”.⁶

I. La revolución: mutaciones de un concepto

Si siguiéramos al pie de la letra las crónicas políticas del siglo XIX, esa centuria transitó de revolución en revolución hasta 1876. En cambio, el México del siglo XX parece parco en lo que a revoluciones se refiere, pues sólo conoció una en sus noventa y cuatro años.

Una de las razones de esta “avaricia” por las revoluciones radica en el monopolio ideológico del Estado y que fue asumida acríticamente por la historiografía. Aquél se proclamó heredero de una revolución llamada desde entonces la Revolución Mexicana y se convirtió en su exclusivo portavoz. Así, por ejemplo, el movimiento encabezado por De la Huerta en 1923 o bien el de Cedillo unos años más tarde no lograron rebasar el estatuto oficial de rebeliones, mientras que en el siglo XIX se hubieran llamado “revoluciones”.

Evidentemente, todo poder político que se reivindica revolucionario, o emanado de un proceso revolucionario, rebaja a cualquier movimiento antagonista al rango de revuelta. Además, aquel poder que proclama su filiación directa de un proceso revolucionario unifica simbólicamente a los participantes de las fracciones revolucionarias bajo un mismo manto. Esta operación produce una merma cuantitativa de las revoluciones que pasarán a llamarse La Revolución.⁷

La historiografía del siglo XIX fue laxa en el uso del concepto de revolución. Se trataba prácticamente de las acciones que trastornaban el orden. Un golpe de Estado —o de palacio— podía bautizarse con el nombre de revolución. De este modo, los sublevados eran revoltosos, alborotadores, rompedores de equilibrios naturales. En estas circunstancias, ser designado como revolucionario equivalía a ser portador de un estigma social, ser el virus infeccioso de un todo armónico.

⁶ Fernand Braudel, *Escritos sobre la historia*, México, FCE, 1991, p. 44.

⁷ Bastante avanzado el movimiento iniciado en 1910, se distinguían todavía la revolución maderista de la orozquista, de la zapatista, etcétera.

El análisis de las *revoluciones* realizado por José María Luis Mora es ilustrativo al respecto. En primer lugar, los protagonistas de las llamadas revoluciones son los militares y las causas de sus levantamientos radican en el rencor y en las ambiciones de ascenso.⁸ En segundo lugar, acorde con las causas de los levantamientos, los actores de las revoluciones son saqueadores.⁹ Por último, el destacado liberal no denomina revolucionarios a los alzados, sino pronunciados. En otras palabras, las revoluciones son pronunciamientos que todo gobierno debe intentar sofocar con las mismas herramientas, esto es, con las armas y con soldados y generales fieles. Aunque Mora no descarta las rebeliones populares, como también denomina a las revoluciones, considera que son escasas, destructoras, igual que las *revoluciones* de los militares, y fugaces —“algunas horas o días”—, pero además justificadas por la mala administración gubernamental.

Interesa destacar que el valor negativo de la revolución puede ser invertido aun conservando la misma matriz teórica organicista. Así, para Francisco Bulnes,

una revolución es la reacción violenta saludable de un organismo contra la infección que lo ha invadido. Una revolución es lo que el vulgo conoce por una simple indigestión o *miserere* mortal.¹⁰

Para Mora, la revolución es un acontecimiento indeseable entrometido en un organismo sano; para Bulnes, es el remedio a la enfermedad, “la fuerza orgánica salvadora” de una sociedad infectada. Como virus o como medicina de efectos terapéuticos, en ambas propuestas la sociedad prosigue su camino predeterminado; la re-

⁸ ...“El motivo del disgusto consiste comúnmente en no haber obtenido los grados, puestos y ascensos que solicitaban, o en la malversación de los caudales que han estado a su cargo, o en alguna de tantas faltas o crímenes que son tan comunes entre nuestros militares”. José María Luis Mora, *México y sus revoluciones* (1836), 4 vols., México, Instituto Cultural Helénico-PCE, 1986, tomo 1, pp. 423-424.

⁹ “No sólo los fondos públicos sino también los de los particulares son frecuentemente ocupados (...), de manera que por poco que dure la revolución pasan sumas inmensas por las manos de los gefes (*sic*) sublevados, cuya inversión por menor jamás llega a saberse” (*ibid.*, p. 424).

¹⁰ Francisco Bulnes, *El verdadero Díaz y la revolución* (1920), México, Ed. del Valle de México, 1979, p. 5.

volución interrumpe y altera pero no transforma a la sociedad siempre idéntica a sí misma.

Un poco más tarde, en el ámbito político, las corrientes socialistas inaugurarían un nuevo sentido de las revoluciones, producto de cierta lectura de la revolución francesa. Estas eran las puertas que se abrían sobre un mundo radicalmente nuevo: el ayer prerrevolucionario no se parecería en nada al mañana posrevolucionario. La sociedad del mañana sólo se realizaría mediante la revolución y sus hacedores dejarían de portar la etiqueta de revoltosos para adquirir el honorable título de luchadores sociales y hombres del futuro. A partir de ese momento, ser considerado revolucionario significará ser partero de un nuevo mundo que sustituirá a uno devenido indeseable e insoportable. No es cualquier movimiento armado el acreedor del nombre de revolución. Este es asignado a las grandes ocasiones. Será la aurora de un nuevo mundo.¹¹

Los historiadores del siglo XIX designaron con el nombre de revolución no sólo al sinnúmero de manifestaciones de rebeldía, sino y fundamentalmente a toda alteración del orden social cuya progresión fue considerada natural. En este siglo y esencialmente a partir de las experiencias francesa y rusa, las revoluciones fueron consideradas portadoras de cambios totales, en abierta ruptura con el pasado. Desde nuestra perspectiva, las dos definiciones de revolución siguen pautando las interpretaciones historiográficas de la revolución de 1910.

Muchas preguntas sacuden hoy el debate sobre la revolución. Tal vez la tan mencionada Revolución Mexicana constituye una construcción simbólica del Estado mexicano, afirman algunos. Si la estructura económica posrevolucionaria no hizo sino profundizar los lineamientos de aquella esbozada en el siglo XIX, ¿cómo es posible referirse a una revolución que parece no haber cambiado nada? Pero además ¿es factible caracterizar al movimiento de 1910 como nacional si múltiples estudios demuestran que la revolución se hizo en algunas regiones y en otra sólo se *importó*? Más aún, para ciertos investigadores, la naturaleza campesina de la revolución debe ser re-

¹¹ Ciertamente, éste no fue el sentido atribuido por Marx-Engels a las revoluciones, sino, por una parte, aquel que los actores del cuarto Estado otorgaron a su quehacer político y por otra a las vulgarizaciones de los textos del socialismo europeo.

visada a la luz, no de su presencia física en el movimiento, sino de la actuación de muchos otros grupos sociales que la historiografía mantuvo durante largo tiempo en la sombra.

Las revoluciones o la fuente de los deseos

El paso del siglo XIX al siglo XX otorgó una nueva calificación social a las revoluciones. Llegaron a ser el momento de ruptura con la vieja sociedad y la entrada en un nuevo mundo, necesariamente radiante. Nada de lo viejo debía quedar en pie; todo sería inédito a partir del día cero. Por ello, los anhelos de cambio se depositan en la revolución. Acaso ¿no se les exige *demasiado* a las revoluciones?

Es muy probable que los hombres del siglo XX sean prisioneros de los efectos mitológicos de otras revoluciones, la francesa y la rusa, aunque primordialmente de la primera. Es ésta la que habría instaurado el capitalismo y abolido el feudalismo de un solo golpe. Igualmente, después de 1917, el capitalismo ruso habría quedado atrás al instaurar el nuevo régimen socialista, cuestión de la que ya casi nadie está convencido.

Esta falacia es en parte el resultado de una ilusión producida por el nuevo régimen. La eliminación de las huellas visibles del pasado constituye su requisito legitimador. El contrato social fundador del nuevo orden es su pasado revolucionario. El contraste exagerado entre un hoy embellecido y un ayer caricaturizado magnifica las bondades revolucionarias y erige la mitología de las transformaciones de 180 grados. En todo caso, las revoluciones francesas y rusa se convirtieron en las fórmulas paradigmáticas, en unidades de medida, de las revoluciones por venir. O éstas trastocaban su pasado de cabo a rabo o no alcanzaban el rango revolucionario. La Revolución Cubana pasó la prueba, pero la mexicana quedó atrapada en el filtro seleccionador y condenada a engrosar las filas de las *grandes rebeliones*.¹²

El problema radica en lo que pretendemos que las revoluciones transformen y en cuánto tiempo. La búsqueda de una correspon-

¹² Es la definición de la revolución adoptada por Eduardo Ruiz, en *México: la gran rebelión 1905-1924*, México, Ed. Era, 1984.

dencia exacta entre el paso de un modo de producción a otro y una revolución desemboca en reduccionismos ignorantes de los diversos tiempos sociales e históricos. El tiempo de formación de los modos de producción es mucho más amplio que el de las revoluciones y, por consiguiente, no puede esperarse que éstas contribuyan con la emergencia de nuevos modos de producción por generación espontánea.¹³ Como se sabe, los primeros y balbuceantes intentos de aplicación del marxismo en México creyeron poder *empatar* la revolución con la ruptura de una supuesta estructura feudal reproducida por el porfiriato y con el inicio de la industrialización capitalista.

En esta perspectiva, resulta importante la distinción establecida por Hobsbawm entre las revoluciones y los macrofenómenos de transformación histórica. A estos últimos corresponden los cambios en los modos de producción.¹⁴ O bien, en la conceptualización de Braudel, mientras la primera se sitúa en el nivel de *l'histoire événementielle*, los segundos en el de la *longue durée*.¹⁵ Ello significa que en la historia se producen transformaciones que no se anuncian por medio de revoluciones.

II. *¿Tanto para nada?*

La revolución a dos voces: Tocqueville y Cochin

Si los cambios no sobrevienen necesariamente mediante las revoluciones, ¿cuál es su estatuto histórico?, parece ser la pregunta formulada por una corriente historiográfica contemporánea. La interrogación va acompañada de otras afirmaciones que adquieren valor axiomático.

En 1978, François Furet, de manera intencionalmente provocadora, procedió a una de las críticas más osadas del "catecismo revolucionario".¹⁶ Puso en el centro de su propuesta de reinterpretación a

¹³ Véase Alan Knight, "Social revolution: a latin american perspective", en *Bulletin of Latin American Research*, vol. 9, núm. 2, Oxford, Pergamon Press, 1990, p. 186.

¹⁴ Eric Hobsbawm, "Revolution", en Roy Porter y Mikulas Teich, *Revolution in history*, Cambridge University Press, 1987, p. 10.

¹⁵ Alan Knight, *art. cit.*, p. 186.

¹⁶ La osadía no consistió en intentar cuestionar el pasado legitimador del Estado francés, sino en enfrentarse a las certezas del gremio de historiadores.

dos historiadores, según él poco o mal leídos. Se trataba de Tocqueville y de Cochin. La conjunción de ambos aseguraría una virtuosa complementariedad en la lectura de la Revolución Francesa. Tocqueville puso el acento en la continuidad histórica, mientras Cochin se consagró al análisis del movimiento y momento revolucionarios. Veamos al primero de ellos, para quien los cambios en la estructura social y económica se habían producido antes del famoso 1789.

¿Creen que la Revolución Francesa es una ruptura brutal en nuestra historia nacional?, habría preguntado Tocqueville a sus contemporáneos. En realidad, es el despliegue de nuestro pasado. Corona la obra de la monarquía. Lejos de constituir una ruptura, no puede ser comprendida más que en y por la continuidad histórica. Lleva a cabo esta continuidad en los hechos, aunque aparece como una ruptura en las conciencias.¹⁷

La revolución no debe ser entonces concebida como advenimiento sino como acontecimiento, “como proceso, no como ruptura”.¹⁸ La nueva era ya se había inaugurado antes del 14 de julio y, por lo tanto, la ruptura generada por el movimiento revolucionario pertenece más al ámbito del imaginario colectivo elaborado *a posteriori*, al de la ilusión: “la continuidad de la historia de Francia ha borrado las huellas de sus rupturas”.¹⁹

La tesis de la continuidad histórica, advierte Furet, debe ser completada con el estudio de las “rupturas” revolucionarias, tema de su segunda fuente teórica, Auguste Cochin. La innovación de la revoluciones consiste en la generación de “una nueva sociabilidad política”.²⁰ El sentido de las revoluciones debe ser hallado, según Cochin, en la instauración de “un modo de organización de relaciones entre los ciudadanos y el poder, así como entre los ciudadanos (o los sujetos) mismos”.²¹ Consecuentemente las revoluciones son políticas o no son. Las revoluciones sociales no existen sino como producto de la imaginación.

¹⁷ Francois Furet, *Penser la Révolution française*, París, Ed. Gallimard, 1978, p. 29.

¹⁸ *Ibid.*, p. 30.

¹⁹ *Ibid.*, p. 177.

²⁰ *Ibid.*, p. 58.

²¹ *Id.*

El polémico libro de Furet enfatizó acertadamente que las rupturas no son tan absolutas como las mitologías revolucionarias nos lo enseñan. En consecuencia, subrayó la existencia de patrones históricos persistentes y trascendentes a la acción, incluso revolucionaria, de una generación de hombres. Sin embargo, su intento de dosificar la tesis de la continuidad tocquevilleana en la historia mediante la invocación a Cochin oculta otra convicción: la inutilidad de las revoluciones. Las rupturas revolucionarias de Cochin no son tales en realidad. La nueva sociabilidad política instaurada por la Revolución Francesa emerge rellenando *naturalmente* un espacio vacío y a la espera de un ocupante: "Desde 1787, el reino francés es una sociedad sin Estado".²² No son las revoluciones las que originan las crisis políticas, sino éstas las que preceden a aquéllas. Las revoluciones no disputan hegemonías, no violentan intereses y posiciones, sino que se amoldan a un campo histórico ya preparado para acoger nuevas modalidades de relaciones políticas.

Entonces, ¿tanto ruido para nada? La tesis furetiana de la continuidad histórica es, en última instancia, una tesis del continuismo, de la negación de las situaciones inéditas aportadas por las revoluciones.²³ De este modo, las interpretaciones que sobrevaloran la continuidad histórica proceden a la manera de las autobiografías que procuran persuadir que en la vida del personaje no hay contradicciones, sino un sendero recto sin desviaciones ni cicatrices.

La tesis de Furet tuvo buena acogida por los historiadores de la Revolución Mexicana. Fue François-Xavier Guerra quien transportó más puntualmente la simbiosis Tocqueville-Cochin al altiplano, pero también muchos otros la interpretan bajo la forma de la revolución como *blip* (relámpago) en la historia²⁴ o como accidente que interrumpió un desarrollo económico virtuoso iniciado durante don Porfirio y vuelto a alcanzar sólo mucho tiempo después o también como continuadora de la "larga marcha" de la centralización estatal del poder político, aún no consumada en 1910, contra los poderes locales y regionales. Sin duda hubo continuidad en el progreso

²² *Ibid.*, p. 42

²³ Véase Enrique Florescano, *El nuevo pasado mexicano*, México, Ed. Cal y Arena, 1991.

²⁴ Alan Knight, "Revisionism and revolution: Mexico compared to England and France", en *Past and Present*, núm. 134, Oxford University Press, febrero 1992, pp. 183-184.

global de desarrollo capitalista, como dice John Womack, quien confirma la continuidad en México entre 1910 y 1920: "La crisis no fue lo suficientemente profunda como para romper la dominación capitalista en la producción".²⁵

Empero, se trató de una nueva modalidad de capitalismo. Se pasó de una libertad total de las fuerzas capitalistas —el "México Bárbaro", de John K. Turner— a un capitalismo controlado por el nuevo Estado, quien cobija ampliamente a su clase obrera y campesina en los artículos 27 y 123 de la Constitución. A pesar de todo, la Revolución Mexicana deja pensativo al biógrafo de Zapata, para quien las reformas económicas y sociales instrumentadas en México no fueron tan distintas de aquellas realizadas en los mismos años, "sin guerra civil", —léase sin la *molestia* revolucionaria—, en Perú, Chile y Argentina.²⁶

Hemos arribado a desdeñar las transformaciones producidas por la revolución y a afirmar que aquéllas se hubieran logrado a menor costo, es decir, mediante modificaciones moleculares de la estructura, a semejanza de otros países del subcontinente latinoamericano. Entonces, ¿se hubiera podido evitar la revolución? ¿Se debe a causas subjetivas? Comentaremos más adelante cómo la revolución dejará de responder a causas objetivas para entrar en el ámbito de las fuerzas subjetivas, es decir, la violencia como dimensión intrínseca de la historia mexicana. David Brading se pregunta: "¿Cómo fue posible que un país que tan firmemente se encontraba en el camino del desarrollo económico descendiera tan rápidamente a un tipo arcaico de anarquía política?"²⁷

En la historia de las revoluciones, la violencia no es un buen parámetro de los cambios. Los *estropicios* cometidos durante el momento de confrontación armada no guardan una relación proporcional con las transformaciones esperadas retrospectivamente. El

²⁵ John Womack, "The Mexican Revolution, 1910-1920", en Leslie Bethell, *The Cambridge History of Latin American*, Cambridge, Mass., Cambridge University Press, 1988, vol. 5, p. 81.

²⁶ Sin embargo, la comparación con otros países latinoamericanos debe hacer hincapié en las modalidades específicas con que fueron alcanzadas estas reformas. Al respecto véase la comparación del caso mexicano con los populismos latinoamericanos en Nora Hamilton, *The Limits of State Autonomy*, Princeton University Press, 1982.

²⁷ David A. Brading, "Introducción" a *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, México, FCE, 1985, p. 16.

número de cabezas guillotinas o de cascos de hacienda en llamas no anticipa las magnitudes de las transformaciones. En otras palabras, los sacrificios pueden parecer demasiado gravosos con respecto a los beneficios. Empero, las revoluciones están lejos de corresponder a una técnica empresarial de cálculo de costos-utilidades. Incluso, las experiencias revolucionarias que contaron con un liderazgo fuerte y con un programa de acción anterior al desencadenamiento de la lucha, no pudieron prever los resultados de las acciones a pesar de los objetivos e intenciones declarados o imaginados por los revolucionarios. Ello no implica que las revoluciones tengan ante sí una *távola rasa* sobre la cual puedan escribir cualquier historia. Vale decir, aunque la revolución es una posibilidad en el acontecer social, no existe, una vez iniciada, un abanico de infinitas opciones de cambio, sino una gama escrita en la misma estructura de la sociedad prerrevolucionaria.

Existen diversos problemas metodológicos para dirimir esta cuestión de la relevancia o irrelevancia de las revoluciones, es decir, la teoría del *blip*. Uno es el de la duración de la revolución —hasta qué fecha— y los cambios imputables a ella aunque distantes cronológicamente. Otro más es el de dónde se localizan dichos cambios: ¿en la distribución del ingreso, en los patrones de relaciones económicas con el mundo, en la permanencia de apellidos de las clases dominantes? Las estadísticas crudas no llegan a revelar la amplitud de las transformaciones en la revolución. Por ejemplo, el reparto agrario en un estado o región puede tener un efecto imitativo en regiones y estados circundantes; el campesino que cultiva su propia tierra y tiene derecho a ella, no es igual al campesino que era peón de hacienda; ante la posibilidad de ver sus tierras requisadas, el hacendado ya no trata de la misma forma a la comunidad vecina. Así lo expresa Alan Knight:

Los números por sí solos no reflejan cambios en la mentalidad. El recibir su propia tierra refuerza la autoconfianza del campesino y puede socavar la fe del hacendado en el futuro.²⁸

²⁸ Alan Knight, "Land and society in revolutionary Mexico: The destruction of the great haciendas", *Mexican Studies*, Winter 1991, Regents of the University of California, p. 84.

Desde nuestro punto de vista, algunos de estos indicadores de transformaciones pecan de un excesivo formalismo. Por ejemplo, la capacidad de algunas familias por mantenerse en lo alto de la ola del poder económico y del prestigio social no dice nada acerca de las transformaciones revolucionarias o de la inmutabilidad del contexto social. En este terreno resulta más ilustrativa la literatura. Las familias porfiristas de *La región más transparente* de Carlos Fuentes se adaptan a la sociedad de los veinte, aun ganándose la enemistad de sus correligionarios de clase de antaño, o bien van mermando su fortuna y su *status* al igual que el número de cuartos de sus residencias en la colonia Roma.

Las movilizaciones sociales acontecidas en un proceso revolucionario implican ciertas transformaciones que algunos historiadores comienzan a registrar. Se trata de los cambios en las mentalidades, en las estructuras mentales como producto de prácticas que ampliaron el horizonte de la acción posible a los ojos de los agentes sociales.²⁹ Incluso, las revoluciones no exitosas producen dichos cambios expresados en la adopción de nuevos valores y papeles sociales y, por consiguiente, en las formas culturales.³⁰

En resumen, transitamos así de la revolución como acontecimiento deseado a la revolución como estorbo inútil que interfirió las continuidades históricas de México, mismas que sólo dos decenios más tarde fueron retomadas. La perspectiva de la revolución como aceleradora de tendencias ya presentes en la sociedad no hace por su parte sino reafirmar la idea de las revoluciones como actualizadoras de cambios que, por cualquiera de las vías, hubieran cristalizado. Como veremos más adelante, las nociones idílicas acerca de los cambios se acompañan de ideas no menos idílicas (y bucólicas) de los espacios donde acontecen.

²⁹ Véase Paul J. Vanderwood, "Explicando la Revolución Mexicana", en *Secuencia*, núm. 13, México, Instituto Mora, 1989, pp. 20-21; Alan Knight, *The Mexican Revolution*, 2 vols., Londres, Cambridge University Press, 1987, tomo II, p. 520.

³⁰ En el caso de la Revolución Mexicana, estos cambios se vuelven evidentes en la época cardenista: "Desde los días de Cárdenas la cultura de los agachados es vista con buenos ojos en las esferas sociales. (...) Desde aquel régimen la cultura llamada superior ha sido influida por la cultura plebeya", Luis González y González, *Todo es historia*, México, Ed. Cal y Arena, 1989, p. 223.

III. Práctica de la historia y coyuntura política

Al hacer la autopsia de la Revolución Mexicana, se le ha dividido en tres grandes regiones socio-históricas: el norte, el centro y el sur (incluyendo Morelos). Dentro de cada una de ellas se encontraron todavía multitudes de microrregiones y la batuta revolucionaria recayó en múltiples jefes regionales. El sur padeció la revolución con escasos brotes endógenos. El liderazgo nacional recayó en los jefes norteños y se ha podido aislar al zapatismo considerándolo un hecho atípico y excepcional de la Revolución Mexicana: el protagonismo campesino en la lucha no habría tenido paralelismos en otras regiones. En suma, el zapatismo fue convertido en la "revolución en Morelos",³¹ como ahora se intenta convertir el levantamiento del EZLN en la revolución en Chiapas.

Las masas, genéricamente llamadas campesinas por la *vieja historiografía*, abarcan en realidad una diversidad de categorías sociales que desmienten la aparente homogeneidad de las clases populares del porfiriato. Un cuidadoso análisis permitió diferenciar dentro de las masas rurales a los rancheros, los maestros, los caciques, los terratenientes e, incluso, a los líderes protestantes, de los hombres sencillos de manta y huarache.³² El estudio de la acuación de los rancheros demostró que su papel no había sido tan desdeñable como se supuso en las primeras interpretaciones. Al destacar la diversidad de intereses y motivaciones que los llevaron a participar en el movimiento armado, se opacó el papel de los campesinos en un *mare magnum* de actores sociales. Así acabó encogiéndose no solamente la topografía de la revolución (muchas regiones no hicieron la revolución), sino también su espacio social: los campesinos pobres dejaron de ser protagonistas privilegiados.

En cuanto a tiempos, se ubicó la revolución dentro de un largo periodo de acumulación, formación, instrumentación y fortaleci-

³¹ Francois-Xavier Guerra, "Territorio minado (más allá de Zapata en la Revolución Mexicana)", en *Nexos*, núm. 65, México, mayo, 1983.

³² "Los líderes de la rebelión en el Distrito de Guerrero y en otras áreas provinieron generalmente, como Wasserman y Katz lo demostraron, no de las filas del campesinado y jornaleros sino de la élite rural y de los comerciantes" (Barry Carr, "The recent regional studies of the mexican revolution", en *Latin American Research Review*, p. 3). Héctor Aguilar Camín demostró la amplia participación de los terratenientes en Sonora: *La frontera nómada*, México, Ed. Siglo XXI, 1977.

miento del capitalismo. La revolución dejó de ser el punto de partida del México moderno, para pintarse como el último avatar de la lucha entre antiguos y modernos, entre tradición y modernidad. Fue un accidente meramente político (la "bola" como la calificó Octavio Paz) dentro de un largo proceso de modernización. Womack sintetiza el propósito de su libro como la historia de "unos campesinos que no querían cambiar y que, por eso mismo, hicieron una revolución".³³ Para algunos se debió también a la terquedad de un anciano en querer eternizarse en el poder.³⁴ Para otros, se atribuye como causa de la revolución una baja salarial, una sequía, una mala cosecha o, incluso, unas elecciones fraudulentas. Cuando no se distingue suficientemente entre causas inmediatas y causas remotas de las revoluciones, se tiende a simplificar patéticamente su génesis. Se debe ubicar a la sucesión presidencial dentro de una larga cadena de causas y darle su valor real como el elemento que suelta al tigre revolucionario, según la feliz expresión de Díaz, y que prende la mecha del polvorín social. Braudel opina así sobre la explicación histórica por el *acontecimiento*:

El acontecimiento es explosivo, "novedad sonora", como se decía en el siglo XVI. Con su abusiva humareda, llena la conciencia de los contemporáneos, pero casi no dura, su flama apenas logra verse.³⁵

Cambió no sólo el espacio de la Revolución Mexicana, sino también su ámbito de discusión. Pasó del terreno político a la academia. Se la rescató de sus connotaciones ideologizantes para dirimir su naturaleza en el ruedo académico:

El problema de este debate es que, a diferencia de los anteriores, que se castigaban incluso con el destierro de los críticos, como lo hizo Ortiz Rubio con Cabrera, su trascendencia no va

³³ John Womack, *Zapata y la Revolución Mexicana*, México, Ed. Siglo XXI, 1980, p. XI.

³⁴ Paul Vanderwood: "No se les ha ocurrido que la revolución no hubiera acontecido —por lo menos en ese momento— si no hubiera sido por la pugna en torno a la sucesión presidencial". "Building Blocks but yet no Building: Regional History and the Mexican Revolution", *art. cit.*, p. 432.

³⁵ Fernand Braudel, *op. cit.*, p. 42.

más allá de la academia [...] los productos del historiador no llegan demasiado lejos sino muy lentamente, acaso cuando el debatirlos pierda actualidad.³⁶

Pero ¿qué tan “lejos” está en realidad el quehacer del historiador del quehacer político? Nos hemos sacudido la camisa de fuerza de las tesis oficiales —y que hoy lo son cada vez menos—; hemos entronizado a los rancheros como legítimos herederos de la revolución; hemos restado legitimidad a la lucha agraria; hemos rescatado numerosas biografías que privilegian al individuo sobre las masas impersonales y anónimas.³⁷ Hemos desmitificado la leyenda negra de la hacienda porfirista propagada por Tannenbaum. Al hacerlo se sacudieron los fundamentos sociales del ejido, que acabó por parecer anacrónico e improductivo. Este hubiera sido fruto de una interpretación equivocada y de una sobrevaloración de la gesta campesina.³⁸

El historiador resta fuerza y peso a la lucha campesina y el político denuncia la ineficiencia del reparto agrario que privilegió a uno de los actores sociales en detrimento del sector más eficaz de nuestra agricultura. Se argumentó que los “agraristas” habían sido hábilmente manipulados por algunos oportunistas políticos, nueva capa social en ascenso del joven Estado revolucionario. Los habían utilizado para afianzar su poder frente a los viejos políticos de alcurnia porfirista. Estos nuevos líderes emanados de la revolución se incrustaron en ella, productos del Estado-corporativista de Cárdenas. Son nuestros dinosaurios.

La nueva interpretación de la revolución nos permite criticar el Estado-Leviatán anquilosado para dar paso a una nueva visión más regionalista y más dinámica de México. La revolución fue múltiple

³⁶ Alvaro Matute, “La revolución recordada, inventada, rescatada”, en *Memoria del Congreso Internacional sobre la Revolución Mexicana*, San Luis Potosí, tomo II, p. 445.

³⁷ Francois-Xavier Guerra nos inunda de ello bajo el elegante y científico término de “protopografías” en sus dos volúmenes: *México: del antiguo régimen a la revolución*, México, FCE, 1988.

³⁸ “Si la hacienda fuera una empresa más benévola y menos expansionsista de lo que tradicionalmente se creyó, entonces es más factible considerar a la reforma agraria como un proyecto manipulador instrumentado por la nueva élite revolucionaria con el objeto de lograr apoyo, socavar a sus enemigos y fortalecer el poder del Estado revolucionario”. Alan Knight, “Land and Society in Revolutionary Mexico: The Destruction of the Great Haciendas”, in *Mexican Studies*, Winter 1990, p. 82.

y no puede ser el botín político de unos cuantos en nombre de una "mayoría" que nunca existió.³⁹ Sin caer en un historicismo exacerbado, podemos entonces preguntarnos: ¿Qué tan lejos está el nuevo enfoque histórico de la coyuntura política? ¿Hay acaso alguna coincidencia entre la coyuntura política y la práctica de la historia, entre las dos tendencias renovadoras, la política y la histórica?

La traducción apresurada de la obra magna de Guerra antecedió muy oportunamente la "muerte" si no oficial, paraoficial de la Revolución Mexicana. La descalificación de las tesis de Frank Tannenbaum coincide con el fin del reparto agrario. La sobrevaloración de la actuación de los rancheros acompaña la modificación del artículo 27 de la Constitución: la revolución hace justicia a los rancheros trayendo por fin la paz en el campo. De esta manera, se reedita la añeja convicción de que la ampliación de las clases medias en las sociedades latinoamericanas constituye la garantía de su estabilidad política. Los rancheros de este fin de siglo parecen desmentir esta creencia pero confirman una hipótesis de signo inverso que puede ser aplicada a la Revolución Mexicana. Su activación y radicalización política acontece cuando los sectores más bajos de la población rural se movilizan.⁴⁰

IV. ¿Un país bronco?

Decíamos al comienzo que uno de los modelos explicativos de la nueva historia es el del recurso al *tiempo largo de las mentalidades*.

³⁹ "La depresión económica alentó a los desempleados a unirse a los revolucionarios", dice Dudley Ankerson, *Agrarian Warlord: Saturnino Cedillo and the Mexican Revolution in San Luis Potosí*, Northern Illinois University Press, 1984, p. 68. "La revolución dio pie a la resolución de añejos conflictos en el interior y entre comunidades locales. Se propició la resolución de disputas familiares y clánicas, así como luchas entre comunidades rivales en torno a la ubicación de los poderes gubernamentales", precisa Barry Carr acerca de Oaxaca, "Recent Regional Studies of the Mexican Revolution", en *Latin American Research Review*, p. 4.

"Fueron a la revolución porque era la única manera de sobrevivir", apunta Francois-Xavier Guerra, *México: del antiguo régimen a la revolución*, op. cit. Otro ejemplo sonante es el caso de Yucatán tal como lo describe Gilbert Joseph, *Revolución desde afuera*, México, FCE, 1992.

En el mismo sentido abunda Raymond Buve cuando demuestra la variedad de motivaciones que presidieron a la participación revolucionaria de los tlaxcaltecas en cualquiera de los dos bandos. Ian Jacobs hace lo propio cuando analiza las luchas internas dentro del bando revolucionario del Norte de Guerrero a cargo de los Figueroa. *La Revolución Mexicana en Guerrero*, México, Ed. Era, 1990.

⁴⁰ El ejemplo más cerca de nosotros es el denominado Barzón.

Efectivamente, existen estructuras mentales heredadas e inconscientes que nos condicionan. Aquí entramos de lleno en el terreno del imaginario colectivo, de las imágenes identitarias que nos conmueven, que evocan un mundo heroico y bucólico. Cuando la historia se vuelve hogareña, doméstica, cuando la patria cede ante las matrias, cuando la versión escolar de la epopeya nacional se desvanece ante el relato familiar, cuando el terruño prevalece sobre el país, entonces experimentamos una gran emoción. Los símbolos que configuran nuestra mini-identidad nos resultan más cercanos, más conocidos y, por lo tanto, estamos más dispuestos a ofrendarles nuestra devoción. Esta nueva historia —regional y diminuta— se nutre en buena parte de las memorias biográficas, de las vivencias narradas por los abuelos. Por eso provoca una identificación inmediata con el objeto de estudio, ya que apela a los sueños de nuestra infancia, a imágenes de la época de oro del cine mexicano que es también la época de oro del charro-cantor y del ranchero (Jorge Negrete, Pedro Infante, Pedro Arméndariz, Tito Guizar, etcétera). Todos hemos soñado con ese México bucólico, lírico y alegre: ¡Qué tiempos aquellos, señor don Simón!

Este México de pantalla tiene como referencias el espacio de un rancho y el tiempo de una vida. La acumulación de tales espacios y tiempos es lo que permite inferir mentalidades inconscientes. Esta parte de nuestro imaginario colectivo tiene una afinidad electiva con la microhistoria y nos predispone favorablemente hacia las comunidades holísticas de François-Xavier Guerra que nos evocan *Allá en el Rancho Grande* o la lucha entre tradición y modernidad tal como aparece en la *Rosa Blanca*. Ese México que nunca existió, pero que todos anhelamos. ¡La arcadia se torna clave heurística! ¡Cuán armónicas y amigables eran esas redes de sociabilidad! A San José de Gracia no parece caberle el dicho “Pueblo chico, infierno grande”. De ahora en adelante, los protagonistas de nuestra revolución se asemejan más a los personajes caciquiles de Rulfo, que a los héroes revolucionarios progresistas del “Indio” Emilio Fernández.⁴¹

⁴¹ Por ejemplo, el general Reyes en *Enamorada*. El personaje de Fernández destaca por su gran preocupación social. Para él, la revolución es un compromiso para cumplir un ideal de mayor justicia social; mientras que para algunos autores intelectuales, la revolución sólo nos dejó caciques abusivos, cínicos y todopoderosos.

No se trata de negar la realidad caciquil, pero tampoco hay que reducir la revolución a este triste fenómeno.

Estamos aquí, por supuesto, en el terreno de las "mentalidades" que se desenvuelven en una larga duración, suma de miles de historias de vida acumuladas durante decenios y en el espacio de las matrias que se articulan con símbolos nacionales de identidad.

Por su parte, Paul Vanderwood propone superar el tropiezo revolucionario para reintegrarnos al *continuum* de la historia y reubicar "los acontecimientos de 1910, con su antes y después, en un *contexto de violencia colectiva* que por mucho tiempo ha caracterizado la historia mexicana".⁴² De este modo, se puede articular el siglo XIX con el XX refiriéndolo a una "época" de violencia que resta relevancia histórica a la revolución concebida sólo como una sacudida más de nuestra historia nacional.

Sobre este punto cabe advertir la arbitrariedad del recurso a una larga duración delimitada "ex profeso" por el historiador que podría incluso remontarse hasta la conquista y el parto violento del México hispánico por obra de una violación original, La Malinche. Sin embargo, la violencia no es privativa del Nuevo Mundo. Fernand Braudel considera a la violencia como un elemento intrínseco del desarrollo occidental cuando se refiere al destino revolucionario liberal y violento de Occidente,⁴³ y afirma que "la revolución es la violencia al servicio de un ideal".⁴⁴ El siglo XIX francés destaca también por su violencia: cuatro revoluciones y una guerra que cobraron su cuota de sangre. Pese a todo, a nadie se le ha ocurrido explicar la historia europea a partir de la violencia. Por el contrario, suele hacerse hincapié en su obra civilizadora y pacificadora. Entonces, ¿por qué al hablar de México se asume repentinamente la violencia como herramienta heurística? La explicación de la Revolución Mexicana en la larga duración como mera manifestación puntual de una violencia consuetudinaria, innata e intrínseca del

⁴² Paul Vanderwood, "Building blocks but yet no Building: regional history and the Mexican Revolution", *art. cit.*, p. 432 (cursivas nuestras).

⁴³ "La Revolución Francesa no es más que un momento ciertamente esencial, de la larga historia del destino revolucionario liberal y violento de Occidente" (Fernand Braudel, *Grammaire des Civilisations*, París, Arthaud, 1987, p. 67).

⁴⁴ Fernand Braudel, *op. cit.*, p. 395.

México del siglo XIX, nos remite a explicaciones sicologizantes y, por lo tanto, extrahistóricas.

Explicar la historia por la supuesta “naturaleza violenta” del mexicano constituye una especie de positivismo historiográfico al estilo de la “escritura histórica dominante entre 1900 y 1910”, la cual —según Alvaro Matute— “se encuentra orientada y caracterizada por el positivismo o, si se quiere, cientismo, a saber, una concepción de la explicación histórica basada en una metodología oriunda de las ciencias naturales”.⁴⁵ Corremos el riesgo de explicar los acontecimientos por un supuesto comportamiento instintivo que favorece la violencia. Fernand Braudel nos advierte también sobre los deslices posibles de la larga duración:

Esta historia de largo aliento (...) posee sus ventajas y sus inconvenientes. (...) incluso sus peligros: puede sucumbir a las generalizaciones cómodas de una filosofía de la Historia; en síntesis, de una historia más imaginada que demostrada.⁴⁶

En nuestro caso, uno de los inconvenientes de recurrir a la explicación por una “mentalidad” que remite de inmediato a una violencia endémica y omnipresente, es el reducir la historia a una especie de trifurca entre los Bandidos de Río Frío, Los de Abajo, los Hermanos de la Hoja y algunos bravucones que no se rajan. La violencia se plantea como una realidad cotidiana y política (las asonadas) en la larga duración. Se vuelve “ethos” del mexicano contrapuesto a la exitosa ética protestante del anglo-sajón. El mexicano amaría secretamente la violencia y es este amor un poco necrofilico lo que explicaría las grandes encrucijadas de nuestra historia. Por ejemplo, para David Brading, Zapata trae lo revoltoso y heroico en la sangre: “Cuando tomó las armas, siguió la tradición familiar, ya que sus tíos habían luchado a favor de los liberales bajo el mando de Díaz, y su abuelo por Morelos en contra de la Corona”.⁴⁷

Esta manera de explicar las cosas está a la orden del día. Por ejemplo, las manifestaciones más disímbolas de luchas políticas se

⁴⁵ Alvaro Matute, “La Revolución Mexicana y la escritura de su historia”, en *Revista de la Universidad*, UNAM, núm. 9, 1982, p. 3.

⁴⁶ Fernand Braudel, *op. cit.*, p. 68.

⁴⁷ David Brading, *op. cit.*, p. 16.

amalgaman entre sí en virtud de un supuesto “amor irracional a la violencia” de la izquierda mexicana que habría aplaudido el levantamiento zapatista de Chiapas. Se descalifica al movimiento chiapaneco por haber despertado al “México bronco”. Por eso resulta tan peligrosa la apología de la violencia —afirman nuestros literatos súbitamente devenidos analistas sociales— y por lo mismo habría existido una relación de contagio entre la violencia chiapaneca y el asesinato de Colosio. El EZLN había dado el mal ejemplo al resto de la sociedad volviéndose aprendiz de brujo. ¡Qué cómodo resulta explicar las contradicciones sociales a partir de causas psicológicas!

V. Un esbozo de propuesta

El enfoque monolítico de la Revolución Mexicana ha sido acertadamente cuestionado en los últimos años por los historiadores. Demostraron que aquél había sido construido por el Leviatán posrevolucionario y llevaron a cabo, consecuentemente, la de-construcción del andamiaje ideológico envejecido. La revolución quedó pulverizada en una multiplicidad de revoluciones mexicanas con tiempos y espacios diferentes y fueron minimizadas las transformaciones a las que dio lugar. El cambio absoluto logrado mediante el envilecimiento del porfiriato —la leyenda negra— fue desmentido aunque a costa de convertir a la revolución en una mera interrupción del desarrollo histórico. En suma, se reeditó la definición decimonónica de la revolución.

Las interpretaciones fueron modificadas gracias a la multiplicación de evidencias empíricas provenientes de regiones poco exploradas hasta este momento. La historia de la revolución conoció una época de euforia por el descubrimiento de nuevos “casos” que desmentían y se diferenciaban de los ya estudiados. Esta operación puede repetirse al infinito si concebimos el quehacer del historiador como el de un conocimiento de lo singular que no admite síntesis ni generalizaciones teóricas.

Ciertamente la Revolución Mexicana no fue idéntica de costa a costa ni de norte a sur, porque la sociedad prerrevolucionaria era heterogénea y sus diferencias internas revelaban condiciones clasistas, étnicas y geográficas disímbolas. Sin embargo, los momentos revo-

lucionarios son momentos de *sincronización* de espacios que poseen relojes que marcan horas distintas. Ello convierte en contemporáneos a actores que vivían hasta entonces tiempos relativamente ajenos unos con respecto a los otros.⁴⁸ El proceso de sincronización se debe, en cierta medida, a los efectos simbólicos producidos en situaciones revolucionarias por movimientos aparentemente distantes, de tal manera que acciones que en otras circunstancias no hubieran rebasado el ámbito local adquieren durante la revolución un significado que desborda su significante. La sincronización no es, por consiguiente, una mera simultaneidad de movimientos lograda por las mañas del azar, una suerte de feliz coincidencia. Madero, por ejemplo, sirve de revelador del “malestar” social y de unificador de movimientos ubicados en espacios sociales diferentes. Cada uno de estos espacios posee su propio tiempo (crisis económica, crisis política, crisis ideológica, etcétera) pero quedan, de hecho, sincronizados de tal manera que se vuelven contemporáneos unos de los otros y forman un movimiento de gran envergadura que supera el marco individual, local y regional, aunque ello, por supuesto, no diluye la especificidad de los agentes colectivos involucrados en la revolución. En palabras de Alan Knight:

Sin embargo, después de que todo se haya dicho y hecho, la revolución fue un fenómeno *nacional*; se extendió de Tijuana a Tapachula, del Río Grande al Río Hondo; afectó a todos los mexicanos en el transcurrir de sus vidas. Por lo tanto, amerita un historia *nacional*. Y sin una historia nacional, se vuelve imposible apreciar si los estudios locales son casos típicos o aberrantes.⁴⁹

Contrariamente, el siglo XIX conoció muchas manifestaciones de descontento, de rebeldía en diversas regiones, pero que nunca lograron la sincronización de los primeros meses de 1911.

Si bien es cierto que hubo una gran diversidad de movimientos, la mayoría se reconocía como “maderistas” e invocaban al Plan de

⁴⁸ Para un enfoque semejante aunque sobre otra temática, véase Pierre Bourdieu, *Homo Academicus*, París, Ed. Minuit, 1992, pp. 226-235.

⁴⁹ Alan Knight, *The Mexican Revolution, op. cit.*, tomo II, p. X.

San Luis para legitimar su lucha y ampararse a la sombra del artículo 3 de dicho plan.

Rápidamente se reveló una gran heterogeneidad social que hizo estallar la falsa homogeneidad del movimiento maderista. El golpe de Estado huertista los volvió a reunir para derrocar al usurpador. Una vez consumada la victoria, se realizó un esfuerzo común para unificar criterios y promulgar una plataforma política. Es la Convención, momento más democrático que intentó, desde abajo, la unificación de los diversos movimientos alrededor de algunos puntos fundamentales. Es un momento real de voluntad de unificación nacional: se plantea la reforma agraria para todo el país, se discute en torno a los sistemas de representación política.

La Revolución Mexicana no respondió a un patrón único de movilización social, no fue un solo impulso sino un haz de levantamientos regionales. No fue un movimiento homogéneo que se hubiera peleado por los mismos objetos, en el mismo momento, con los mismos jefes y fuera aceptado como tal por todos. La operación de ruptura con esta interpretación equivalió a un ajuste de cuentas con la ideología oficial por parte de la comunidad de historiadores o, por lo menos, de los consagrados al estudio de la época contemporánea de México.

El Estado posrevolucionario había tenido que redefinir a la nación y, por lo tanto, las bases de su soberanía y legitimidad. Esta última se fundó en el derecho a la titularidad exclusiva de la herencia revolucionaria. Este monopolio del pasado produjo un monolitismo interpretativo que atribuyó al poder estatal el papel de emisor único de una historia nacional de la Revolución Mexicana. Pareció entonces a sus críticos que las tesis antioficialistas serían aquellas que negaran su carácter nacional. Sin embargo, así como la nación puede llegar a cobrar existencia al margen o contra el Estado, es factible plantearse una perspectiva nacional de la revolución, de manera no monolítica, en el interior de las fronteras de una práctica histórica estrictamente académica. Sino, ¿no estaremos tirando el niño con el agua del baño?